

**Bárbara Díaz**

Universidad de Montevideo



R. Barradas, Retrato de Bon, Carbonilla sobre papel, 28 x 22 cm.

## PROEMIO

# La búsqueda de la verdad como tarea universitaria

“La Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana”<sup>1</sup>, afirmó Benedicto XVI en un discurso a profesores universitarios en la Basílica del El Escorial, al que tuve el privilegio de asistir en agosto de este año. La *diakonía* de la verdad está en la entraña misma de la Universidad, y no debe oscurecerse por consideraciones pragmáticas

o tecnocéntricas. Este rasgo universitario está presente también en la Misión de la Universidad de Montevideo, que “funda su quehacer académico en una visión trascendente del hombre comprometida en la búsqueda de la verdad”. Por tanto, parece pertinente referirse a esta cuestión en el proemio de una revista académica.

No obstante, al tomar este derrotero surge inevitable la

1 BENEDICTO XVI: *Discurso en la Basílica de San Lorenzo de El Escorial*, 19 de agosto de 2011 [http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/speeches/2011/august/documents/hf\\_ben-xvi\\_spe\\_20110819\\_docenti-el-escorial\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2011/august/documents/hf_ben-xvi_spe_20110819_docenti-el-escorial_sp.html) (visitado el 7.XI.2011).

pregunta: ¿no es “anticuado” hablar de la verdad? La afirmación de la existencia de la verdad, ¿no supone un fundamentalismo, una intolerancia? Lo “políticamente correcto”, ¿no es la libertad para hacer lo que a cada uno le plazca, a lo más, buscando el consenso mayoritario? Y, sin embargo, nuestra época está sedienta de verdad. Los padres reclaman la verdad de sus hijos, y estos, de los padres; los alumnos reclaman la justicia en sus profesores, que no es más que otro modo de expresar que se reconozca, por el docente, la verdad de lo que cada uno es y de lo que cada uno hace; los ciudadanos condenan el doble discurso y la corrupción, que son formas de engaño y mentira. Por tanto, si el deseo de verdad está tan presente en la vida cotidiana, ¿por qué habría que renunciar a ella en el ámbito académico?

La búsqueda de la verdad no es separable de la formación de una personalidad íntegra, como ha de ser la de todo universitario. El encuentro con la verdad no afecta solo a la razón, sino que es todo el ser el que, o bien se vuelca hacia ella o bien, renuncia a sus exigencias. “El camino hacia la verdad completa compromete también al ser humano

por entero: es un camino de la inteligencia y del amor”<sup>2</sup>, sostenía Benedicto XVI en el citado discurso. Romano Guardini, un gran pensador del siglo XX, afirmaba:

“Cuando el hombre rechaza la verdad, enferma. Ese rechazo no se da ya cuando el hombre yerra, sino cuando abandona la verdad; no cuando miente, aunque lo haga profusamente, sino cuando considera que la verdad en sí misma no le obliga; no cuando engaña a otros, sino cuando dirige su vida a destruir la verdad. Entonces enferma espiritualmente”<sup>3</sup>.

Quizás nuestra sociedad padezca la enfermedad de que hablaba Guardini. Por esto es tal vez más necesario que nunca ahondar en la verdad, y reflexionar sobre sus exigencias.

Una vez escuché a un gran profesor<sup>4</sup>, que establecía la siguiente correlación entre la verdad y la libertad: afirmaba que la verdad no conocida requiere del hombre la búsqueda; la verdad recientemente conocida reclama la profundización y la verdad muy conocida ha de llevar a su difusión. Me parece una buena síntesis de lo que ha de ser el camino de un universitario.

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI: *Discurso en la Basílica de San Lorenzo de El Escorial*.

<sup>3</sup> R. GUARDINI, cit. en A. LÓPEZ QUINTÁS: *Romano Guardini, un educador para hoy*. En *Humanitas* 53 (2009), p. 17.

<sup>4</sup> Se trata del Pbro. Danilo Eterovic, a quien escuché exponer esta idea en una clase.

## La verdad como búsqueda:

La verdad se define como la adecuación del intelecto con la realidad. Por otra parte, los griegos se refieren a ella como *aletheia*, es decir, “desvelamiento”. En ambos casos puede observarse que es necesaria una actitud activa por parte de la persona. Adecuar el intelecto a la realidad implica, entre otras cosas acercarse a ella desde la humildad. Humildad para saber que la realidad siempre nos sobrepasa, siempre es más grande que nosotros, y hemos de situarnos ante ella como ante un misterio. Pero la tentación de encerrar lo real en los estrechos marcos de nuestra mente, o de nuestra cultura, es muy grande, y un humanista siempre debería estar en guardia frente a ello. Benedicto XVI explicaba que “en el ejercicio intelectual y docente, la humildad es asimismo una virtud indispensable, que protege de la vanidad que cierra el acceso a la verdad”<sup>5</sup>. A su vez, el desvelar los misterios que la realidad encierra, exige fortaleza para emprender tan ardua tarea y para adecuar la propia conducta a lo descubierto.

En esa búsqueda no estamos solos. La verdad no se busca en

solitario sino en comunión. El diálogo –discusión o trato en busca de avenencia<sup>6</sup>– es lo propio de la actividad académica, y es necesario cultivarlo. Requiere respeto por la opinión contraria, aprender a ponerse en el lugar del otro, “comprensión simpática”. La Universidad ha de ser un lugar privilegiado para el diálogo. Newman, uno de los grandes universitarios de nuestro tiempo, cuyo pensamiento ha inspirado nuestro proyecto educativo, buscó y encontró la verdad en el ámbito de la Universidad.

El diálogo también ha de darse con quienes nos han precedido. El tesoro de saber acumulado por las generaciones debe ser recogido en las Universidades y re-examinado continuamente: no hay contraposición entre tradición y progreso, más bien, ha de afirmarse que no hay verdadero progreso sin una adecuada ponderación de la tradición.

La búsqueda de la verdad acerca a las personas y, en cambio, el relativismo, la renuncia a la verdad, el escepticismo, separan. El relativista queda solo con “su” verdad pequeña, que no puede compartir con nadie, y a merced de que el poderoso de turno le imponga la suya, ante la cual ha de ceder indefenso. El diálogo,

<sup>5</sup> BENEDICTO XVI: *Discurso en la Basílica de San Lorenzo de El Escorial*.

<sup>6</sup> *DRAE*, consultado en [www.rae.es](http://www.rae.es) (visitado el 7.XI.11).

en cambio, es palabra que atraviesa el propio yo, para ser acogida por el otro y, en ese intercambio, fructificar en nuevas palabras, más verdaderas. Pero si cada uno tiene “su” propia verdad, solo cabe el monólogo estéril.

## La verdad como profundización:

Romano Guardini afirmaba que “la verdad es compleja, polifónica”<sup>7</sup>. Por eso, la verdad conocida requiere profundización. Como un diamante, siempre dará nuevos destellos de luz a quien se acerca a ella con espíritu humilde. Por ello, nunca podremos poseerla por completo, sino más bien, dejarnos poseer por ella<sup>8</sup>.

Un universitario no puede ser superficial. Superficialidad es quedarse con argumentos al uso, es repetir una y otra vez las mismas clases, es no tener en cuenta las inquietudes de los alumnos, es no estar actualizado en la bibliografía de las disciplinas que cultivamos.

Superficialidad es despreciar la función sapiencial de la inteligencia, que se dirige a “entender el significado del mundo y el sentido de la vida humana. Acuña conceptos,

no con la finalidad de dominar, sino de alcanzar las verdades y las concepciones del mundo que puedan dar respuesta cumplida a la pregunta por el sentido de nuestra existencia, respuesta que a la larga nos resulta tan necesaria como el pan y el agua”<sup>9</sup>. Como humanistas, hemos de inyectar en una sociedad altamente tecnificada la reflexión sobre el por qué y el para qué. Como profesores, debemos hacer que nuestros alumnos se planteen las preguntas vitales de la existencia y darles pautas para que puedan hacer su propio camino en la búsqueda y profundización de la verdad.

### *La verdad difusiva:*

La verdad muy conocida requiere difusión. Y aquí entronca la verdad con el espíritu de servicio: quien ha conocido la verdad no puede quedársela para sí, ha de compartirla. Esto lleva a ser profesores e investigadores generosos, a saber compartir con los colegas los propios descubrimientos, las fuentes que se han obtenido en una investigación, aquella bibliografía tan difícil de conseguir. Hemos de crear una verdadera comunidad de aprendizaje, donde el saber se comparte. Vivimos en una época en que parecería que el egoísmo campea en todos los ámbitos, también en el académico.

<sup>7</sup> A. LÓPEZ QUINTÁS: “Romano Guardini...”, p. 15.

<sup>8</sup> Cfr. BENEDICTO XVI: *Discurso en la Basílica de San Lorenzo de El Escorial*.

<sup>9</sup> A. RODRÍGUEZ LUÑO: *Relativismo, verdad y fe*. En *Romana*, 42 (2006), versión digital [http://es.romana.org/art/42\\_8.0\\_1](http://es.romana.org/art/42_8.0_1) (visitado el 7.XI.11).

Desde esta Universidad apostamos a cambiar esta cultura que es el origen de graves males para nuestra sociedad.

El gran desafío es abrirnos al diálogo con los que piensan diferente, saber dar a conocer las propias convicciones en el marco de respeto intelectual que debe presidir todo intercambio académico, buscar lo bueno que está tras los aparentes errores, hacer de la Universidad un lugar en el que todos los que tienen algo que decir se sientan bienvenidos.

La verdad ha de ser el gran servicio que los universitarios prestamos a la sociedad. Todos los hombres por naturaleza anhelan saber, decía Aristóteles, que es lo mismo que decir, todos los

hombres anhelan la verdad. Los alumnos lo están pidiendo con gritos silenciosos. No hemos de tener miedo de proclamarla, sabiendo que muchas veces eso implicará ir contracorriente.

El relativismo es un gran mal de nuestra época, pero me atrevo a decir que tiene los días contados. El relativista es pesimista, desesperanzado, porque no cree que haya algo por lo que valga la pena sacrificarse y también porque perdió la capacidad de admiración, que es el inicio de la sabiduría.

Sorprenderse cada día con la verdad, buscarla apasionadamente nos hará hombres y mujeres de esperanza y sabremos también infundirla a nuestro alrededor.